

derribaron en tierra cubierto de heridas, á la vez que caía también muerta la briosa yegua. Los compañeros, al verle caer y que trataban de llevarle prisionero, volaron en su auxilio, lo mismo que parte de la infantería. Entonces se entabló una lucha terrible entre los tlaxcaltecas, que anhelaban apoderarse del muerto animal para presentarle como trofeo, y los españoles que tenían empeño en defenderlo para que no se perdiese entre los indios el terror que inspiraban los caballos. Las macanas indias se cruzaban con las espadas toledanas, anhelando uno y otro ejército quedarse en posesion del muerto corcel, sobre cuyo cuerpo combatian.

Cuatro capitanes tlaxcaltecas y muchos de sus guerreros habian sucumbido y se hallaban tendidos al lado de la presa que se disputaban. Diez soldados españoles se encontraban heridos, aunque sin abandonar por esto el combate. La tenacidad de los indios por apoderarse del muerto animal, era mayor cada vez. Millares de guerreros lograron echarle algunas cuerdas para llevarlo arrastrando, mientras otros luchaban con denodado esfuerzo. Los castellanos, viendo la dificultad de impedir el intento de sus contrarios, lograron cortar la cincha y apoderarse de la silla, salvando á la vez á Moron á quien llevaban prisionero y cubierto de heridas; pero los tlaxcaltecas quedaron en posesion de la yegua. Contentos de su presa, porque podian presentarla á los pueblos como un trofeo de gloria, acometieron con mayor furia á los españoles que apenas podian resistir el choque, agobiados por la fatiga de mas de una hora de combate. Pero aunque fatigados, luchaban como verdaderos héroes por

salvar sus vidas, que acaso nunca estuvieron en mas peligro de perderlas (1).

Los aliados cempoaltecas, no menos valientes que sufridos, combatian junto á los españoles, prestando notables servicios á Cortés. Creian que era imposible el triunfo; pero se propusieron morir luchando, como correspondia á distinguidos guerreros. «Veo que la muerte es lo único que nos reserva la suerte,—dijo á Marina uno de los nobles jefes;—pero moriremos como cumple á dignos caballeros.» «El Dios de los cristianos, á quien nadie vence, está de nuestro lado,—contestó la intrépida mujer con viva fé,—y el triunfo será nuestro» (2). Los cempoaltecas acometieron entonces á sus contrarios con una decision indecible. A la cabeza de ellos se habia puesto uno de los distinguidos nobles que formaron la embajada enviada por Cortés al senado. Un capitan tlaxcalteca, no menos noble y valiente que él, le salió al encuentro. Era un reto personal que le hacia, y que fué inmediatamente aceptado. El jefe cempoalteca y el tlaxcalteca se acometieron entonces con destreza y valor. Ambos pidieron á sus soldados que nadie les favoreciera, y la orden fué obedecida. Las armas que manejaban eran iguales: ambos empuñaban la poderosa macana, que la esgrimian diestramente. Los terribles golpes que mutuamente se dirigian, eran parados prontamente con los escudos. El capitan tlaxcalteca,

(1) «Todos á una peleábamos como valientes soldados por salvar nuestras vidas y hacer lo que éramos obligados, porque ciertamente las teniamos en grande peligro cual nunca estuvieron.»—Bernal Diaz del Castillo.

(2) «Respondió Marina, que no tuviese miedo, porque el Dios de los cristianos, que era muy poderoso, y los queria mucho, los sacaria del peligro.»—Herrera. *Hist. general*.

impaciente de ver la resistencia de su contrario, redobló sus golpes; pero el jefe cempoalteca, acudiendo á tiempo para pararlos, dejaba sin efecto su intencion. No se dejaba ver, en aquel duelo, ventaja en ninguno de los dos combatientes. El guerrero cempoalteca simuló de pronto un golpe al costado, y al acudir á él con su escudo el tlaxcalteca, lo descargó sobre el hombro, haciendo venir á tierra á su contrario. El noble y valiente cempoalteca se lanzó con la velocidad del rayo sobre su competidor, y de un golpe le dividió la cabeza, que la llevó en triunfo á donde estaban sus soldados. El vencedor fué recibido por éstos con música y aclamaciones.

Pero si habia sucumbido el capitán tlaxcalteca, sus soldados y otros capitanes trataron de vengar su muerte, lanzándose con mas furor sobre los españoles y sus aliados.

Hernán Cortés, á cuyo lado combatia con admirable denuedo Pedro de Alvarado y otros caballeros de notable esfuerzo, procuraba llegar á un terreno mas favorable donde pudiese jugar la artillería y correr libremente la caballería. El terreno que aun ocupaban no era del todo llano, y prestaba á los indios grandes ventajas para combatir. Resuelto á mejorar de posicion, unió el pequeño escuadrón al lado de la infantería. Entonces, levantando la voz, exclamó con acento firme y decisivo: «La cruz de Cristo que venimos á colocar en estos reinos, nos dará el triunfo. Adelante, camaradas; que adelante están Dios y la honra, y atrás la ignominia que nunca manchó á ningún soldado español». Cortés acometió, al terminar las anteriores palabras, con toda la caballería al enemigo. La

infantería siguió su ejemplo, descargando sus arcabuces y ballestas sobre las columnas de indios que les cerraban la marcha. Los tlaxcaltecas, atropellados por los caballos y viendo caer destrozados por la artillería y los arcabuces á muchos de sus guerreros, se vieron precisados á dejar paso á sus contrarios. Situados en el llano los españoles, adquirieron gran confianza, puesto que allí sus armas podian causar mayores daños. Los cañones, aunque pequeños, empezaron á enviar sus balas destructoras sobre las inmensas masas de indios, mientras la caballería, corriendo á media rienda, derribaba á centenares de guerreros, que los caballos destrozaban con sus herraduras. Ocho de los principales jefes, hijos todos de nobles caciques, se encontraban tendidos sobre el campo, despedazados por la artillería y las balas de arcabuz. Jicotencatl, viendo muerta la flor de sus capitanes, sin los cuales era imposible continuar la acción contra los españoles, ordenó la retirada, pero lenta y sin confusion, como pudiera hacerlo el ejército mas disciplinado, dejando en poder de los españoles quince prisioneros, entre ellos dos jefes de importancia.

Los soldados castellanos veian alejarse á las numerosas tropas de la república, y apenas se atrevian á dar crédito á lo que veian. Su triunfo les parecia un sueño; un milagro palpable de la Providencia. «Bien pareció, dice Cortés dominado de sus sentimientos religiosos, que Dios fué el que por nosotros peleó, pues entre tanta multitud de gente y tan animosa y diestra en el pelear, y con tantos géneros de armas para nos ofender, salimos tan libres» (1).

(1) «Dimos muchas gracias á Dios, dice Bernal Diaz, que nos libró de tan grandes peligros.»

Faltaba una hora para que el sol llegara á su ocaso, cuando terminó la batalla.

Furioso Jicotencatl de verse vencido y lleno de injusta ira contra uno de los principales capitanes llamado Chichimecateuctli, que mandaba un cuerpo de tropas de diez mil hombres, prorrumpió en palabras injuriosas contra él, atribuyéndole el mal éxito del combate. Le dijo con altanero acento, que su cobardía era la causa de la derrota, y que por ella se habia escapado de las manos una victoria segura. El ofendido capitán, irritado por el insulto que estaba lejos de merecer, le retó á un duelo personal, contestando que anhelaba probarle que no le cedia en valor ni en destreza en el manejo de las armas. Era el guerrero ofendido, hijo de uno de los señores mas respetables de Tlaxcala, jóven valiente y pundonoroso, comandante del cuerpo de tropas de su padre. Se habia batido con decision; pero se vió obligado, como todos, á ceder ante la superior ciencia militar de Hernan Cortés. El desafío no llegó á verificarse. Jicotencatl era el general en jefe, y no podia admitir, por entonces, el duelo de un subalterno. El jóven Chichimecateuctli, disgustado de no poder alcanzar la satisfaccion que anhelaba, guardó su resentimiento, jurando vengarse de la ofensa recibida.

Hernan Cortés, entre tanto, satisfecho del resultado del combate, y viendo fatigada y herida á su gente, que no se podia tener en pié de cansada (1), dejó al ejército tlaxcalteca retirarse sin molestarle, y acampó en una colina lla-

(1) «Y no los seguimos porque no nos podíamos tener en los piés, de cansados.»—Bernal Díaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

mada *Tzompachteplet*, donde habia un teocalli dedicado á los ídolos, en el cual se alojó el pequeño ejército.

Su primer cuidado fué curar á los heridos. Eran éstos quince, y la curacion se les hizo, como á los del dia anterior, con el unto del indio muerto en el combate. Pocas horas despues expiró el soldado de caballería Pedro de Moron, á causa de sus graves heridas.

Las pérdidas sufridas por los tlaxcaltecas en esta batalla debieron ser considerables; pero el afan desplegado por los indios de la ambulancia en retirar los muertos y heridos, hacia imposible que se conocieran sus bajas (1). Ni un solo cadáver dejaron abandonado en el campo.

Los españoles tuvieron, además de los soldados que salieron cubiertos de heridas y de la muerte de Moron, cinco caballos heridos, aunque ninguno de gravedad.

Los tlaxcaltecas, que habian procurado en el combate matar á todo trance los caballos que pudieran, pues eran de los que sufrían mas terrible daño, destrozaron en mil pedazos la yegua muerta de que lograron apoderarse; colocaron sobre una larga lanza su cabeza, y los mutilados miembros del animal fueron paseados por los pueblos y

(1) Prescott duda de que las pérdidas de los españoles no ascendieran á mayor número de hombres. «Las aserciones de los antiguos cruzados castellanos, dice, así en el antiguo como en el Nuevo Mundo, casi son tan poco dignas de crédito, como las que contiene un *Boletín* imperial francés de nuestros dias.» Pero la duda del señor Prescott queda deshecha fácilmente. Podían Cortés y Bernal Díaz disminuir el número de la gente que perdían, que no es de creerse, conocida la sinceridad del segundo; pero no hubiera podido continuar el primero su avance, si hubiera tenido mas pérdidas que las que dice, pues cuatrocientos hombres de que se componía su ejército, no podían resistir grandes bajas sin desistir de su empresa.

ofrecidos luego á sus dioses, juntamente con las herraduras, que colocaron en el templo principal de Tlaxcala.

Cortés, al llegar la noche, situó en los puntos principales los centinelas necesarios; y la tropa, desfallecida de necesidad, se dirigió á buscar en las chozas próximas al cerrito en que habia acampado, algo con que poder mitigar su hambre. Por fortuna encontraron los soldados en ellas bastantes gallinas y perrillos, logrando así disponer una mesa que les pareció espléndida (1).

Satisfecha la imperiosa necesidad de alimentar el cuerpo, se entregaron á las manifestaciones de regocijo por la victoria alcanzada. Los cempoaltecas sobre todo, dando libre rienda á su alegría, entonaron himnos guerreros, bailando al compás de su bélico canto. Hernan Cortés les animaba en su regocijo, comprendiendo lo mucho que importaba mantener el entusiasmo en el ejército, haciéndole olvidar los peligros pasados, y hacerle presentir nuevas y mayores glorias.

Después del canto, del baile y de la animadora conversacion referente á la batalla, los guerreros cempoaltecas se recogieron á descansar, y los soldados españoles, que tenian imperiosa necesidad de recuperar sus fatigadas fuerzas, se entregaron al sueño, pero vestidos y con las armas ceñidas al cuerpo, como tenian costumbre.

A los pocos instantes el campamento quedó en el mayor silencio.

Solamente se escuchaban los pasos de los centinelas

(1) «Y cenamos muy bien aquella noche, dice Bernal Diaz, porque teniamos muchas gallinas y perrillos que hubimos en aquellas casas.»

que se paseaban en sus puntos respectivos, con la vista fija hácia donde podia asomar el enemigo.

Hernan Cortés envidiaba el sueño de los que dormian, y salia á recomendar el cuidado á los que vigilaban. Aunque habia combatido todo el dia presentándose en los puntos de mas peligro, el espíritu mantenía infatigable su cuerpo, haciendo que no sintiese el cansancio. Su pensamiento se hallaba preocupado con la campaña empezada, y meditaba en los medios de terminarla felizmente, sin dar un paso atrás delante de los obstáculos que en su camino se presentaban. La resistencia que habia encontrado en los tlaxcaltecas, superaba á la que le opusieron los bravos guerreros de Tabasco. El terror que á éstos causaron los caballos, creyéndolos en su supersticion mónstruos inmortales, no lo produjeron en los soldados de Jicotencatl. Para aquéllos, el corcel y el jinete aparecieron como un solo sér; para los segundos, que tenian noticia de lo pasado, eran dos séres mortales á quienes podian vencer y matar con sus armas. Habian visto caer muertos á los golpes de sus lanzas y macanas dos caballos el dia anterior, y en la batalla de aquel dia, no solo alcanzaron matar una yegua, sino que la habian llevado como trofeo por varias ciudades para dedicar su cabeza á los ídolos. Cortés sentia estas últimas circunstancias, porque ellas acababan de desvanecer la duda que podian abrigar de la mortalidad de aquellos animales, y despojaban al caballo del poder sobrenatural de que hasta entonces le habian creído rodeado las naciones indias. El jefe español veia en su pensamiento que el terror que habian inspirado sus armas de fuego en los pueblos de

su tránsito, creyendo que de ellas salía el rayo, no lo causaban en los bravos guerreros tlaxcaltecas, y que solamente la superioridad de la táctica y «la cooperacion de Dios» que en su fé la juzgaba patente en favor de su causa, podian darle la victoria. Valiente, hacia justicia y estimaba á los que lo eran. Los tlaxcaltecas le eran apreciables por su decision y valor. Pensó que si lograba persuadirles á la paz y hacerles sus aliados, su entrada en Méjico era segura.

La imaginacion de Cortés se fijó en esta última idea, y la esperanza de conseguirla cruzó risueña y lisonjera por su mente.

El sueño vino á cerrar sus párpados cuando acariciaba aquel pensamiento halagador.

## CAPÍTULO XXVII

Hernan Cortés hace una incursion por los pueblos inmediatos á su campamento.—Envia mensajeros á ofrecer la paz al senado de la república.—Arrogante contestacion del general Jicotencatl.—Terrible batalla del dia 5.—Vigilancia en el campamento español.—Penalidades del ejército castellano.—Envia Cortés nuevos mensajeros ofreciendo la paz.—Hace otra incursion por los pueblos comarcanos.

1519. Brilló el dia 3 de Setiembre sin que los  
Setiembre 3. tlaxcaltecas se hubiesen aproximado al campamento español.

La posicion era fuerte y presentaba al soldado abundancia de víveres y regular alojamiento en sus *teocallis* y en las chozas y cuevas en que vivian los habitantes del pue-